

vida de nuestro santo Fundador, porque aún existen cinco Hermanas que le conocieron y conservan muy en la memoria los sermones que les predicó á la reja. Yo rogué á la Prelada que me permitiese leer. Condescendió con mi petición, pero no pude verificarlo sino con muchísimo trabajo. Después de haber leído sentía muchos dolores en la nuca, y como me dijo una Hermana, costaba trabajo el oirme. Yo entonces pedí al Siervo de Dios que me alcanzase el poder concluir siquiera aquella semana del todo, prometiéndole hacer lo posible con mis pobres oraciones para que Dios Nuestro Señor le glorificase en la tierra. Sucedió como lo había pedido. Fui mejorando desde entonces sin tomar, que recuerde, ninguna medicina, y contra lo que naturalmente había de suceder, pues venía ya el tiempo frío, y el frío y el aire me hacían mucho daño. Con la voz recobré perfectamente las fuerzas corporales. Creo que era el mes de Agosto cuando leí su vida, y desde entonces fui mejorando.

„Por Navidades de ese mismo año experimenté muy bien que estaba ya radicalmente curada, pues en aquella noche cantamos con toda solemnidad los Maitines, que duraron desde las diez y media de la noche hasta la una y media. Á pesar de durar tanto tiempo, los canté con todo desahogo, de manera que yo estaba admirada al ver cómo podía cantar, siendo así que me costaba trabajo el hablar cuando leí la vida del excelentísimo Sr. Claret. No recuerdo más circunstancias por haber transcurrido ya tanto tiempo. Cuando se lo conté al reverendo P. Ildefonso Bastaras, me contestó que no tenía que dudar que vuestro santo Fundador había intercedido por mí en el cielo.

„Debo añadir que el mal no me ha dejado reliquia ninguna. Tres años han transcurrido y no he tenido novedad; á pesar de que aquí ejercitamos bien la voz, pues todos los días, además del Oficio divino, tenemos el Oficio parvo de nuestra Madre purísima; algunos días, el de difuntos, y todo lo rezamos en tono. Después de Vísperas cantamos el *Tota Pulchra*; después de Completas el *Conceptio tua*, y además todos los sábados cantamos la Salve.

„Todo, gracias á Dios, lo puedo hacer. Por lo cual, y por lo que decían los médicos, estoy persuadida de que he recibido un gran favor, y deseo en gran manera que Dios Nuestro

Señor se digne glorificar en la tierra á su Siervo.—*Sor Anunciación Fernández.*„

*Curación de un mal de ojos.* — El Hermano Jaime Barraña, de nuestra Congregación, declaró que en Febrero de 1887 sintió en sus ojos un dolor que le fué creciendo por grados, teniendo que dejar á ratos el trabajo por el mal vivísimo que experimentaba. Viéndose así presentóse un día al P. José Villaró, entonces Superior de la Casa-misión de Vich, el cual le mandó fuese á la enfermería para hacerse algún remedio. Allí le pusieron un par de pedazos de lienzos mojados en agua fría, con lo cual continuó el mismo dolor, y por la mañana era todavía más intenso. Asistió, sin embargo, á la meditación, y durante la misma suplicó á la Virgen Santísima que por intercesión de nuestro amado Fundador el Sr. Arzobispo Claret le curase si convenía. Al momento de haberle invocado sintió una especie de frescura y como si le pasaran algo por los ojos; los abrió, pues los tenía cerrados, y quedó curado. Desde entonces hasta hoy, 12 de Enero de 1889, no ha sentido nada de dolor ni ha experimentado molestia alguna en la vista.

Declaró igualmente hará cosa de tres años padecía una viva dolencia en los pies, á causa de que las uñas de los dedos mayores se le metían en la carne, y dos veces le salieron por debajo de los mismos dedos, llevándolos ensangrentados. Dijo había tomado muchos remedios, pero sin curarse; por el contrario, siempre las uñas se le metían en la carne viva. Al ver esto, en medio de sus ocupaciones y del cumplimiento de su cargo, que es el de cocinero, en Diciembre del año pasado, 1888, hizo una novena de tres Padrenuestros: uno al Sagrado Corazón de Jesús, otro al Corazón de María y otro á nuestro Padre Fundador, pidiendo á Nuestro Señor Jesucristo y á su Santísima Madre que, si convenía, le curasen por los méritos del virtuosísimo P. Claret. Á los pocos días le quedaron sin mal alguno, continuando desde entonces sin sentir dolor en ellos.

*Otra curación de un mal de ojos.* — Doña Teresa Gallifa, viuda de Benito, declaró que su hijo Jaime, de diez años de edad, contrajo un mal de ojos que de noche no le dejaba ver los objetos aunque estuvieran iluminados con luz artificial; el médico, Dr. D. Juan Peligrí, lo calificó de ceguera noctur-

na. Como se hubiese puesto en los ojos una reliquia del señor Claret y empezado una novena implorando su intercesión, sin tomar otro remedio, á los tres días estuvo ya curado.

*Curación de una enfermedad inveterada.*—Doña Carmen Pou, soltera, de cincuenta años de edad, natural de Vich, hizo la siguiente declaración: “Padeciendo yo veintidós años había un mal incurable que con frecuencia me obligaba á guardar cama y continuamente me molestaba, fui visitada por los médicos más experimentados de este país de Vich, como el doctor Pradell, el Dr. Campá y otros, y con todas las medicinas que me aplicaron no experimenté alivio alguno. Un día, por casualidad, fui á confesarme con un Padre de esta Casa-misión de Vich (Rdo. P. Valentín Morlá), y antes de oirme en confesión me dijo: “Conozco que Ud. no goza de salud.” Me confesé brevemente, y terminada la confesión me añadió: “¿Quiere Ud. curar?” Yo, admirada, le contesté: “Sí, Padre.—Pues aconsejo á Ud.,— repuso,— que si quiere curarse haga una novena al Sr. Claret, y no se canse de repetirla hasta que la cure, segura de obtener esta gracia, prometiéndome que si la consigue extenderá Ud. su devoción. Para animarse Ud.,— me añadió,— póngase el retrato del Siervo de Dios á la vista.” Fui luego á la sacristía y pedí el retrato; al verlo, ya me sentí conmovida y prometí al confesor que le daría la noticia luego de haberme curado.

„Por la noche empecé la novena al Siervo de Dios, rezándole seis Padrenuestros de rodillas delante del retrato, y ¡cosa admirable! no habiendo podido concluir desde que me puse enferma hasta entonces una devoción tan corta, ni aun el rezo de un Avemaría, en aquella sazón la comencé y terminé perfectamente todos los nueve días; y repitiéndome los mismos dolores después de la novena y obligándome á echarme en cama, consideré que era una prueba que Dios hacía de mi fidelidad. Propuse, por tanto, no solamente comenzar otra novena, sino cuantas fueran necesarias, aunque llegaran al número de ciento, siempre con más fervor, y á los tres días de haberla principiado experimenté por tres veces un sudor milagroso en todos los miembros de mi cuerpo, no habiendo hecho diligencia alguna que pudiese producirlo. En la segunda vez dije para conmigo: esto es un milagro, pero no estarás del todo curada hasta que experimentes otra señal en la parte

más dolorida, y al momento sentí en ella un dolor vivísimo, como si me hirieran con una espada, lo cual confortó y alivió todo mi cuerpo, é inundada en un mar de consuelo, dije: Ahora sí que estás curada. Esto sucedió el domingo después de la fiesta del *Corpus Christi* del año 1887.

„Como ya había prometido comunicar sin tardanza á mi confesor la curación, debí hacerlo al instante; pero lo diferí por el deseo de ir antes á ver la procesión del *Corpus* de la parroquia, y en castigo de mi morosidad quedé como paralizada, oyendo claramente á mi lado la voz de una persona invisible que me estaba diciendo: “Vete á decírselo al confesor; ¿cómo puedes contenerte? Mujer, vete á decirlo.” Y resolví ir inmediatamente, con lo cual recobré el movimiento. Cumplida mi promesa, desde aquel día en adelante, por espacio de unas tres semanas, percibí la misma voz, diciéndome con gran consuelo de mi alma: “Yo soy tu Padre, yo te he curado.” Repitiéndome lo mismo á menudo y en todas partes: “Yo soy tu Padre, yo te he curado.”, experimenté yo un contento tan grande, que me hizo olvidar todas mis penas y trabajos pasados, y sentí un gozo muy superior á todos los goces de la tierra, no sabiendo cómo compararlo sino con las espirituales delicias del cielo. Por fin, como si el Siervo de Dios quisiese hacer ostentación de sus poderes y auxilios, me dijo: “Yo soy tu Padre y no cesaré de ayudarte y protegerte hasta que estés en el cielo.”; siendo estas consoladoras palabras, por tres veces repetidas con gran pausa, las últimas que profirió.”

*Curación de un herpes en la parte exterior de las narices.*—“Más de un año había,—dijo Doña Antonia Gramunt,— me molestaba un herpes en la parte exterior de las narices: hice varios remedios ordenados por el médico Dr. D. Andrés Torricabras, y viendo que todos eran inútiles y diciéndome el mismo señor médico que no me curaría hasta haberme abierto unas fuentes en el brazo que manasen, y aun con eso tomando ciertos polvos, me decidí á recurrir á la intercesión del Siervo de Dios Sr. Claret. Delante de su retrato hice una novena para obtener la curación, comenzándola el 30 de Junio último (1888), y á los dos días de concluída, ó sea el 11 del mes de Julio, con gran consuelo mío me vi del todo curada, habiéndome puesto la piel en el lugar del mal sin señal alguna de él, limpia como si nada hubiese habido.” De lo maravilloso de

esta curación dió un certificado el médico cirujano de la ciudad de Vich, Dr. D. Andrés Torricabras.

*Curación instantánea de una hemorragia.*—Doña Matilde Monmany estaba padeciendo una terrible hemorragia, de la cual le parecía morir, sintiéndose con grande ahogamiento y desmayo de corazón; y movida de la devoción al Siervo de Dios Antonio María Claret, ungióse con un aceite llamado del P. Claret, le invocó y al momento se sintió curada, creyendo ser un particular favor de Dios concedido por intercesión de aquel esclarecido Misionero.

*Alumbramientos.*—Hallándose Doña Mariana Gili, esposa de D. José Verdager, según la declaración de su marido y de otras personas fidedignas, en gran peligro de morir en el acto de alumbrar, ella y su hijo, se aplicó una reliquia del señor Claret, y habiendo implorado su intercesión se siguió un feliz parto; siendo de notar que habiendo sido éste el más peligroso de los ocho que tuvo, fué el de mejores resultados.

Encontrándose Teresa Dalmáu, habitante en Senforas, en gran peligro de morir de parto ella y el hijo que llevaba en su seno, según el parecer del médico y de la matrona que le asistía, se puso una reliquia del Excmo. Sr. Claret, le invocó con toda confianza, rezándole tres Padrenuestros y tres Avemarías, y alumbró felizmente, con admiración de dichos facultativos.

Doña Catalina Torrén, esposa de D. Segundo Clavería, estando de parto en gran peligro de morir la criatura que llevaba en sus entrañas, se aplicó una reliquia del Sr. Arzobispo Claret, pidiéndole la socorriese en tan grave necesidad. Á los cinco cuartos de hora dió felizmente á luz un niño con señales de haber padecido mucho, pues estaba todo amoratado y sin señales de vida. Como la comadre le hubiese reanimado, ésta, el padre y la madre de la criatura creyeron haber obtenido de Dios este particular favor por intercesión de dicho Sr. Arzobispo.

Doña Josefa Vinyas, esposa de D. Manuel Serrat de Gurb, llegada la hora no podía dar á luz, causando su estado grande aflicción á su marido y á su padre político. Viendo que las medicinas no obraban, aplicaron á la doliente una reliquia del señor Claret, implorando sus auxilios y comenzando una novena de tres Padrenuestros y diez Avemarías. Con admiración

de los dichos señores se le abrevió rápidamente el parto, no sintiendo la madre casi los dolores y naciendo una robusta criatura.

“Mi esposa Antonia Molist,—dice D. Pedro Oriol,—en el acto de alumbrar se hallaba con gran peligro de perder la criatura, como se perdieron las que tuvo anteriormente por haber nacido antes de tiempo; y viendo que ésta, naturalmente hablando, nacería muerta, mi esposa se aplicó una reliquia del Siervo de Dios Sr. Claret, y los dos le invocamos pidiéndole nos alcanzase la gracia de que aquel infante pudiese á lo menos recibir las aguas del Bautismo, y el día siguiente nació con vida, pudiendo ser bautizado y viviendo aún treinta minutos sin menoscabarse la salud de su consolada madre.

María Crulls, de edad de treinta y cuatro años, natural de Viladráu, casada con Ramón Vilada, dijo: “Habiendo de alumbrar, hallábame en gravísimo peligro; como mi hermana murió de parto y por las mismas circunstancias, estaba yo persuadida de que también moriría, y conformada con la voluntad de Dios, no deseaba otra cosa que recibir bien los santos Sacramentos é irme luego al cielo. Mas habiéndome aplicado una reliquia del virtuosísimo Sr. Claret é invocado su protección, el Señor me concedió la gracia de salir bien de aquel peligro con un feliz alumbramiento.”

Doña Dolores Cansana, esposa de D. Antonio Arumi, naturales y vecinos de la parroquia de Malla, teniendo que dar á luz, se temió con fundamento moriría la criatura en el acto de nacer, por ser el feto desproporcionado á la condición de la madre. Se aplicó una reliquia del Siervo de Dios, le invocó con toda confianza, y después de un cuarto de hora, á poca diferencia, alumbró felizmente con gran quietud y sosiego, naciendo la criatura con vida, dejando admirados á los sabedores de su estado peligroso.

Doña Teresa Pujol, esposa de D. Antonio Oliva, de las cercanías de la ciudad de Vich, habiendo estado delicada en el tiempo de su embarazo, al llegar la hora de alumbrar, siendo la primera vez, se llamó al médico, el cual dijo que la madre estaba de gravedad y la criatura en peligro de morir. Viendo esto, acudió al Sr. Arzobispo Claret, se aplicó su reliquia, y á los quince minutos de habérsela aplicado dió felizmente á luz una robusta niña con las señales del gran peligro en que

estuvo. Madre é hija continuaron después sin novedad (1).

*Curación de Sor María Nava en Calahorra.* — En 23 de Abril de 1879 nos escribía el Sr. Obispo de Calahorra, hoy Arzobispo de Valladolid: “La extraordinaria curación por la que usted me pregunta ocurrió el año pasado. La Hermana María Nava, de la Compañía de Santa Teresa, llevaba dos meses largos de enfermedad con terribles dolores en el vientre, espalda y riñones. Tan al cabo se puso, que no podía tomar alimento alguno; ni aun una cucharadita de agua le admitía el estómago, produciéndole grandes dolores y ansias mortales; á pesar de su mucha virtud, los gritos y lamentos que los dolores le causaban eran grandes: creyendo el médico que en un ataque, que le daban varios cada día, se nos quedaría muerta, dispuso se le diese la santa Unción.

„Me vine á casa, quedando en que volvería pronto á administrarle este Sacramento, y mientras iban por el santo óleo me entré en el oratorio á pedir por la enferma, y al punto me inspiró el Señor le llevase el roquete del venerable Padre Claret; salí inmediatamente, se lo llevé y puse sobre la cama, y una de las mangas sobre la cabeza de la enferma, y al momento se sosegó. Serían las nueve de la noche cuando se durmió tranquilamente hasta la madrugada; al despertarse tomó por alimento unas cucharaditas de caldo, le sentó, y á los tres días se levantó buena; pocos días después fué destinada á Tortosa, é hizo el viaje sin novedad en primeros de Diciembre. Esto es, mi querido Padre, lo que ocurrió con la Hermana María Nava. Lo raro del caso es que aquí, en casa, como Ud. sabe, para todo echamos mano del bendito roquete, y en más de dos meses no me ocurrió llevarlo á la Hermana María, queriendo Nuestro Señor, sin duda, esperar á lo último para glorificar más á su Siervo.

*Maravillosa curación de un niño en Barcelona.* — “Nuestro venerable Fundador, — nos escribía en 27 de Marzo de 1891 el Rdo. P. Ramón Homs, de nuestro Instituto, — ha obrado una curación maravillosa en favor de un niño que hacía más de un mes que estaba enfermo de gravedad, no probando ni una

(1) Todos estos casos de alumbramientos, y el de la hemorragia, que le precede, se han sacado de un libro manuscrito que contiene varias declaraciones hechas al Rdo. P. Superior de la Casa-misión de Vich, autorizadas con su firma, con las de varios testigos y el sello de la Casa.

migaja de pan. Repentinamente quedó curado aplicándole una reliquia del Siervo de Dios Antonio María Claret. Á la media hora de habersele aplicado comió mucho arroz, se levantó de la cama, se puso á jugar, y continúa bien desde el mes de Agosto del año anterior 1890, estando cada día más robusto. Su madre ha hecho la relación y testifica el prodigio, juntamente con la madrina y la nodriza del niño, que tiene unos treinta meses.

*Curación de Ramón Vila, vecino de Bergús, obispado de Solsona.* — Ramón Vila, de cincuenta y un años de edad y de constitución robusta, en 24 de Mayo de 1889 declaró que cuatro años había le aquejaba una enfermedad llamada mal de piedra, y que el 26 de Diciembre de 1890 quedó del todo imposibilitado de satisfacer la necesidad corporal de hacer aguas, ocasionándole la retención acerbísimos dolores, é inspirando su estado, así á él como á su esposa y familia, serios temores de una próxima y dolorosa muerte. Llamóse al médico de Cardona, Dr. D. Cristóbal Reig, el cual, con sus buenos servicios, le causó algunos alivios, pero fué aumentando. Apenas se había separado el facultativo, cuando le repitieron los dolores y se le agravaron de tal manera, que el enfermo creyó necesario se llamase al Cura párroco para prepararse á la muerte. Visitado por otro médico, el Dr. D. José Artigalás, también le alivió momentáneamente; mas viendo en el enfermo alternativas de dolores y de alivios se apeló á todos los recursos imaginables, ya de la Medicina, que no dieron resultado, ya también de otros remedios que le sugirieron los amigos; pero en vano: el satisfacer la necesidad se le hacía cada día más difícil, aun con el auxilio de instrumentos, efecto, según el médico, de una llaga interior. Así transcurrió un mes, empeorando cada día más y más. Tan apurado era el caso, que el médico, Dr. Artigalás, dijo que la enfermedad era completamente incurable, resistiéndose á visitar al enfermo y á ordenarle medicinas, por considerarlas ya inútiles, y el Cura párroco del doliente, Dr. D. José Minxé, visitándole repetidas veces en vista del peligro inminente de muerte en que le veía, estuvo á punto de administrarle los santos Sacramentos: solamente lo suspendió por haberle dicho el médico que, aunque consideraba su estado gravísimo, era de parecer conservaría sus facultades expeditas hasta el último momento de su vida.

Estando éstos y los de la familia plenamente convencidos de que no había medio alguno de curarle, se aplicó al enfermo un pedazo de un purificador que el Siervo de Dios Antonio María Claret había usado celebrando el santo sacrificio de la Misa, cosiéndoselo en el escapulario del Carmen que llevaba consigo el enfermo, y, lleno de fervor y confianza, invocó éste, con el rezo de algunos Padrenuestros, al santo Arzobispo.

Sucedió esto el 6 ó 7 de Febrero de 1890, y á los dos días, sin otros medicamentos, cesaron los dolores y la dificultad de hacer aguas sin necesidad de instrumento alguno, lo cual el enfermo, la familia y otros atribuyeron á un milagro. Continuó desde entonces mejorando rápidamente, pudiendo á los pocos días ir á la iglesia, distante media legua de su casa, y dedicarse á las faenas ordinarias del campo, quedando con más robustez, más gordura y más sanos colores que antes de su terrible enfermedad.

Todas estas curaciones, muchas de las cuales parecen llevar seguramente impreso el sello del milagro, son un elocuente testimonio que pregonan la santidad del Siervo de Dios, y de que podemos valernos con gran confianza en las oraciones privadas de su valiosa intercesión para con el Señor, que así se digna glorificarle con tan maravillosos hechos, hasta que llegue el día, por tantos españoles y devotos suyos suspirado, en que la Iglesia declare públicamente su santidad, elevándole al honor de los altares, para lo cual se trabaja ya con grande actividad en la Ciudad Eterna, siguiendo los trámites legales para la Causa de su beatificación.



## CAPÍTULO XIX

### TESTIMONIOS DE LA SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS

1. Opinión de santidad en que le tenía el pueblo. — Elocuente testimonio del excelentísimo Sr. D. José Pozuelo y Herrero, Obispo de Segovia. — 2. Fama de santidad de que gozaba entre la aristocracia de Madrid. — Los Prelados también le tenían por santo: testimonios de los Ilmos. Obispos de Vitoria, Almería, Tortosa, Lérida, Gerona, Mallorca, Málaga, Plasencia y Cádiz; de los Arzobispos de Tarragona y Granada, de los Cardenales Moreno, Payá, Sanz y Forés y P. Zeferino González. — 3. Testimonios de Vicarios capitulares y Gobernadores eclesiásticos. — 4. Testimonios de los familiares del Siervo de Dios. — 5. Deseos de que fuera beatificado.

1. Algo hemos dicho ya entreverado en la narración de los hechos de la opinión de santidad en que el P. Claret era tenido; mas para que nadie piense que era contado el número de personas que así juzgaban, ó que se habían formado de él este concepto exclusivamente las personas del bajo pueblo ó las de determinada jerarquía social, me ha parecido conveniente reunir en un capítulo los testimonios de varias personas autorizadas, ya que citarlos todos sería imposible. Baste decir que en los archivos de nuestra Casa-misión de Vich se conservan varios volúmenes de cartas autógrafas de toda suerte de personas alabando la santidad del Siervo de Dios, entre las que figuran casi todos los Obispos y Arzobispos de España y varios de fuera de ella y personajes de mucha distinción.

Como prueba elocuente del respeto y santa veneración con que el pueblo de Madrid le miraba á causa de su santidad, citaré un solo testimonio, que comprende muchos, el del excelentísimo Sr. D. José Pozuelo y Herrero, actual Obispo de Segovia, el cual, siendo aún Obispo de Canarias, escribía desde la capital de su Obispado con fecha 19 de Septiembre de 1880 á nuestro Rmo. P. Superior General: "Tengo el gusto de remitir á Vuestra Reverencia las contestaciones originales de los párrocos de mi diócesis en cuyas feligresías ejerció su celo